

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes.	6 reales.
Por tres id.	46
Por seis id.	32
Por un año.	60

La suscripción empieza siempre en 1.º de mes

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente á la Administracion, dirigirse al Administrador D. Sebastian Casellas y Segura.



PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, directamente en la Administracion.	24 reales
Por comisionado.	26
ULTRAMAR Y ESTRANJERO, un año, 6 pesos.	

La suscripción empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se haya recibido en esta Administracion en letra ó sellos de franqueo.

GIL BLAS,

PERIÓDICO POLÍTICO SATÍRICO.

ALMANAQUE CÓMICO-POLÍTICO

DE GIL BLAS PARA 1866.

Desde hoy se halla de venta en la Administracion y en las principales librerías.

Contiene, entre otros varios, los artículos siguientes:

Juicio del año (verso), por Palacio.

Los Cesantes de la Corona (prosa), por Rivera.

El Camelo de la vita, ópera seria (verso), por Blasco.

El sueño de Novaliches (prosa), por Rivera.

Memorias de un perro (prosa), por...

Canto polaco (verso), por Rivera.

Madrid en la mano (verso), por Palacio.

Zodiaco ministerial (prosa), por Robert.

Los cafés de Madrid (prosa), por Blasco.

Exámen (verso), por Blasco.

El casero del siglo XIX (prosa), por Rivera.

Una conquista en Capellanes, por Perea.

Fábula, por Robert.

Os vi rabiár... (verso), por Palacio.

Y multitud de caricaturas, sueltos, chistes y epigramas.

CUATRO reales en Madrid; CINCO en provincias.

SOBRE AQUELLO.

El cólera y las autoridades de Zaragoza son los héroes del momento presente. Todo el mundo los toma en boca, aunque á riesgo de reventar.

Algun día podremos hablar de la enfermedad epidémica; por hoy me ciño á la otra, y como datos curiosos, ofrezco á Vds. las dos siguientes cartas:

Zaragoza y octubre de 1865.

Sr. D. Leopoldo: Buen cerote hemos pasado; pero al cabo nos hemos puesto las botas para otro poco de tiempo.

Esta gente,—que se precia de conocer las uvas de su majuelo,—se negaba á pagar los impuestos de consumos, que no les entra ni con calzador. ¡Negarse á pagar! ¡Como si no fuera cosa sabida que del cuero salen las correas! So pretexto que á fuerza de recargos y contribuciones llegará día en que tengan que

comerse los clavos y andar á la cordobana, empezaron á echar plantas, sin acordarse de que á mí nadie me zapatea.

Entre tanto, los demócratas zurcieron un manifiesto para echar tapas al asunto; pero yo que soy pícaro de cuatro suelas, sospeché que tenían el pié en dos zapatos y que por lo bajo pretendían calzarse el negocio.

La autoridad civil, en cuanto vió que aquello se descosía, se quitó el mandil y puso la obra en mis manos.

Ya sabe Vd. los puntos que calzo, que soy hombre de poca correa, y que si me pican escupo leznas.

Viendo, pues, que me daban pié, tomé mis medidas, y la policía, que sabe andar con zapatillas de fieltro, empezó á trabajar sin perder puntada.

Prevenidas mis herramientas, en cuanto los revoltosos empezaron á taconear, les zurré la badana y puedo asegurar á Vd. que esta vez han dado con la horma de su zapato. Aquí no se trabaja de viejo, y bien les hemos hecho sudar el sain. Algunos han entregado la piel y los demás ya llevan que coser.

Sin embargo, esto no es mas que un remiendo, y el asunto está de modo que pide una remonta. Pero descuide Vd., que si vuelven á remachar el clavo, les haré estirar el cuero con los dientes, aunque tenga que meterles una zapatería en el cuerpo.

Vea Vd. en qué otra cosa puedo servirle: ya sabe usted que para estos trabajos soy todo un maestro

Zapatero.

La segunda carta difiere de la primera en cuanto al origen de los acontecimientos, mas no en cuanto á sus consecuencias.

Zaragoza, etc.

Sr. D. José: Todo se tuerce en este mundo; para ejemplo bastarian nuestros propósitos liberales de hacer seis meses; pero no lo digo por tanto. Me refiero á la esplicacion que algunos quieren dar á los acontecimientos de Zaragoza, esplicacion que está tan lejos de la verdad como nosotros de la justicia.

Se ha supuesto que de todo tuvo la culpa la contribucion de consumos. Yo quiero volver por ella, que al fin es contribucion, y en tal concepto, merecerá siempre nuestras simpatías. Las noticias que voy á confiarle han sido suministradas por la policía secreta, y ya sabe Vd. que para nosotros la policía es infalible,—como el Papa.

Parece ser que el día del motin (porque ya hemos convenido en decir que hubo motin) se espuso en sitio público, en el escaparate de un fotógrafo, el retrato de Villoslada en traje de ninfa. Como era de suponer, aquel espectáculo puso en conmocion los ánimos. Al verlo, un cabo del resguardo fué atacado de alferecía, y un peluquero le quemó las orejas al primer empleado que cayó bajo sus tenazas.

Aquellas dos desgracias pusieron colmo á la indignacion general. Varios suscritores de *La Esperanza*

se lanzaron á la calle gritando: ¡Vivan los niños ternos y tersos! y ya no hubo dique que contuviera aquel torrente. El héroe de la calle de los Negros con su estrategia del puente de Arcole, apenas hubiese bastado á refrenarle.

Entretanto, el general Zapatero no estaba mas tranquilo. Acababa de leer cinco versos de Larrañaga y la jaqueca consiguiente lo tenia fuera de sí. En aquel instante se hubiera dado de cachetes con su sombra, aunque la tiene bastante mala. Encomendarle en tal coyuntura la direccion del asunto era el mejor medio para que hubiera sangre. Así lo hicimos: gracias á nuestra prudencia y á su energía, nada tiene ya que envidiar la union liberal al partido moderado, ni D. Leopoldo á D. Ramon, ni la tarde del 3 de octubre á la noche del 10 de abril.

No hay para qué decirlo: nuestro primer cuidado fué poner á buen recaudo á unos cuantos demócratas. Por desgracia han resultado inocentes, como de costumbre, y hemos tenido que darles suelta. Pero descuide Vd., que si corre alguna nueva calamidad, si aumenta el cólera, si el Ebro sale de madre, si Chas de la Motte arregla un drama, ya volveremos á ponerlos donde no les dé el sol.

Entretanto permanezcamos unidos en el peligro, como lo estamos en el presupuesto.

Capelástegui.

Tales son, sin quitar ni poner, los datos oficiales que hemos podido recojer. Su discordancia les quita parte de su valor. El lector escogerá la esplicacion que le haga mas gracia. Yo por mi parte me lavo las manos, precaucion que nunca es inútil despues de manejar tales asuntos.

Federico Balart.

LAS COMPENSACIONES.

Estoy Plangloss, estoy Beltran de Lis: vivimos en el mejor mundo imaginable; la ley del universo es la ley de las compensaciones.

Los tiritamientos nocturnos del crudo diciembre, son el sábio contrapeso de las achicharradoras tardes de agosto.

Esta es la ley.

Oíd: en nombre de Dios, de la autoridad y del orden, Roma condena el reino de Italia, excomulga á los francmasones; abomina á todo el que se aparta de su ortodoxia.

Compensacion:

En nombre de Dios, de la autoridad y del orden, Rusia condena el reino de Polonia, excomulga á su aristocracia y abomina el idioma del Papa y la religion de aquellos súbditos.

En la ciudad de San Pedro (Roma), los católicos son la persona agente.

En la ciudad de San Pedro (Peters-burgo), los católicos son la persona paciente.

¿Queréis mas compensacion?

Buscad en Europa una plebe con mas derechos políticos y mas libertades civiles que la inglesa, y es como si buscárais algo con que llenar nuestro déficit:—no lo encontrareis.

Buscad una aristocracia con mas oro, mas fuerza, mas influjo y mas privilegios que la inglesa, y... es como si buscárais por qué suben y caen aquí los ministerios:—tampoco lo encontrareis.

Os aturdirán los voceadores de desgracias, ponderándoos la presion ejercida por un fraile absolutista en nuestra vida constitucional...

¿Creéis que está solo ese fraile, que no tiene su mueble colateral, su compensacion? Pues tiénelo: ahí está la monja que no me dejará mentir.

Si tenemos en la prensa española hombres legos que teologuizan, ¿no tenemos, en cambio, curas que en la prensa politiquen?

¿Y no vé el mas ciego aquí compensada una fealdad con otra?

Desdichados de nosotros el dia que se rompiese el equilibrio que sostiene las desvenecijadas cosas de este mundo.

Ahora mismo se habla de la caída de la hoja, que será verdad como todos los años; pero en cambio, ¿cuánta nueva hoja se anuncia á peseta al mes? Tantas (que no mas) serán las que caigan de los árboles, como las que brotan de las prensas. He leído hoy sus títulos y los del marqués de Pidal, y no he podido con todos.

¡Mire Vd. por donde la república francesa de 1848 fué á ahogar la libertad de la república romana!

¡Y vea Vd. ahora por donde al cabo de los años mil se vá á desahogar Roma con una medicina propinada por el ahogador de una y otra república!

¡La compensacion..!

Toma Lombardía y daca Saboya: compensacion Bonaparte.

Toma grandes circunscripciones y daca cuneros. Compensacion Posada.

Toma opiniones y daca embajada: compensacion Molins.

¡Qué de variedades y cuanta unidad al mismo tiempo!

El rey de Roma en 17 años ha llegado á identificarse con las opiniones políticas del sacro Colegio.

El cardenal Andrea, en el mismo instante, llega á identificarse con las opiniones que profesaba, propagaba y aplicaba el rey de Roma 17 años hace.

Santo Domingo celebra su emancipacion de España.

El valle de Aran deplora verse á España anexionado.

El último ministerio español publica una circular: Gonzalez Brabo es objeto de escándalo.

Al otro dia desmiente la circular y comienza la grito de los inocentes, diciendo que este es un hecho que no tiene análogo...

¡Oh divina ley de las compensaciones! Aquí de tu imperio.

Lo mismo, pintiparado, acaba de hacer monseñor Merode: entre afirmar y desmentirse, apenas ha dejado trascurrir mas tiempo que el ministro español.

Roma y España, hermanas en religion, en artes, en glorias y en frailes, no podian diferenciarse en tan singular materia: son como ciertos mellizos, que tienen identidad hasta en una caprichosa peca.

Admirad, impíos, bobos, contribuyentes, admirad y acatad la eterna ley del universo, volved con fé los ojos al porvenir y adquirireis la conviccion de que si llevamos medio siglo de tiranía liberal, de Narváezes, de O'Dónnelles y de influencias seráficas y de obstáculos tradicionales... la ley de las compensaciones **SUBSISTE!**

Róberto Róbert.

CARTA A UN AMIGO.

He recibido tu carta fechada el diez en Irun, y en ella gratas noticias de tu importante salud.

Siento que para venirte tuvieras hecho el baul, por no confundir tu vuelta con la vuelta de Mambrú; y hoy que no vuelvas me alegro, pues corre cierto run... run... de que el que menos se piensa muere en un decir ¡Jesús!

Sí, chico; el cólera morbo esgrime aquí la segur, y tal miedo le ha tomado la asombrada multitud, que hay quien escapó en setiembre y no se ha parado aun.

Yo sigo bueno, á Dios gracias, aunque siempre tan gandul, en lo cual nos parecemos como una luz á otra luz.

Y eso que no gasto pluma, ni quemo en casa betun, ni llevo azufre en las botas, ni de té verde ni azul por mañana, tarde y noche me suministran el plus.

Lo que hago es vivir tranquilo sin que turben mi quietud, ni el juego de la política, que es siempre juego de albur, ni la lectura de libros como los de Eugenio Sú, ni el amor con sus quimeras, ni la intriga con su club, ni tantas cosas que al hombre convierten en avestruz, ó le llevan entre sueños á ver la fosa comun.

Tú, chico, ya es diferente, venirte sin tus ni mus habiendo peligro, fuera locura mas que virtud.

Además, tú no eres libre como los negros del Sur; eres de tus acreedores que te temen mas que al bú, y de la patria que un dia te sufrió como una cruz.

Venir tú aquí con tu génio, fuera echar arena al tul, echar queso á los ratones y ratas al Micifuf.

Así, pues, no vengas, chico, déjanos en paz y agur; y aunque el cólera nos diezme, y nos desfigure el *crup*, y nos pinte la viruela como á los Beni-zuzús; tú á quien todas estas plagas no igualan en magnitud, tú que lo mismo que todas matas con un ¡cataplum! no vengas, pues si vinieras, ¿qué mas cólera que tú?

M. del Palacio

FERIA.

Llegó la ocasion de sacar á vista todos los trastos y chismes que nunca han podido tener salida. Ea, pues, ciudadanos, acudid al reclamo y vamos vendiendo, ó mejor dicho, vamos comprando.

GIL BLAS se propone hacer negocios.

Se vende un ejemplar de *La dama de los Camelos*, escrito por un tal Eusebio Blasco, presbítero, y comentado por D. Isidro Autran, fiscal de imprenta y otros escesos.

¿No hay quién le tome? Yo aseguro al que compre el libro que ha de saber cosas verdaderamente originales y que ha de quedar completamente satisfecho de la obra.

Se vende una mesa de juego que puede servir para el juego de las instituciones, porque tiene los piés de plomo. En ella han echado el gallo y levantado varios muertos, los sobresalientes de espada Narvaez y O'Donnell.

—¿Quién la quiere?

Coro de vicalvaristas.—¿Se puede comer en ella?

Yo.—Se puede.

Ellos.—¡Nos conviene!

Se venden todos los trastos que sirvieron en la imprenta de *Doña Manuela*, periódico político hasta cierto punto.

Los Tiempos.—¿Cuánto valen?

Yo.—Lo mismo sobre poco mas ó menos, que los de la imprenta donde Vd. se manifiesta.

Los Tiempos.—Me conozco. Deben valer poco. Me los quedo, por si acaso tengo que dar algun otro bostezo.

Se vende una conciencia...

El general O'Donnell.—¡Hombre! Lo celebro: ¿es de algun progresista?

Yo.—¿Quién sabe?

El general O'Donnell.—D y por ella dos cuartos mas que puede dar cualquier otro comprador. Esas cosas me pertenecen.

Se vende una casa en el extranjero...

Una señora.—¡Yo la compro! ¡Yo la compro! Acaso muy pronto tenga que refugiarme en ella!

Se vende toda la pólvora que ha sobrado del simulacro de Zaragoza...

El pueblo español.—¡Venga! Haremos un pastel con ella y se lo regalaremos al gobierno!

Yo.—¿Y si revienta?

El pueblo.—¡De eso se trata!

Se venden treinta y dos excomuniones de otros tantos obispos, al precio de fábrica.

Silencio mortal. Nadie quiere comprarlas, y me veo obligado á repetir:

—«Se venden treinta y dos excomuniones...»

—¿Son mayores ó menores? pregunta un periodista.

—Hay de todo, respondo.

—En ese caso las compro al peso. De todos modos no me han de servir mas que para envolver perdigones...

Ultimo lote:

Se vende un orden que se puede alterar á gusto del gobierno.

Todos los españoles.—¡Lo compramos con nuestra sangre!..

Un transeunte.—¡Pues no vale la pena!

Eusebio Blasco.

LA AFRICANA.

Todos los periódicos han obsequiado á sus suscritores con un extracto del argumento de esta gran ópera.

¿Ha de ser menos GIL BLAS?

ACTO PRIMERO.

Estamos en la sala del Consejo, y sale Doña Inés con una rubita á decirnos que ama á Vasco, pero el padre de la niña la quiere casar con D. Pedro.

Enseguida entran los obispos y arman la gorda: viene el inquisidor general (una especie de Cosme) delante de ellos, y cantan como quien dice:

GIL BLAS.
LA CUESTION PALPITANTE.



¡Estimable amigo! Tu en Zaragoza y yo en Madrid hemos declarado guerra á los caseros.... ¡dejándolos sin inquilinos!

Señor, danos tu favor,
ó va á acabar esto á palos.

Llaman enseguida á Vasco, y le dicen:
—¿Dónde has estado, buena pieza?

Vasco.—Ahí traigo dos prisioneros mas negros que una sartén.

El Inquisidor.—¡Que se presenten!

Entran Sélka y Nelusko con semblantes de pocos amigos. Sélka es al parecer reina india y anda derretida de amores por Vasco. Cada vez que este le habla, se relame de gusto la condenada.

Vasco.—Aquí teneis esta pareja.

El Inquisidor.—Valiente pareja, ¿de dónde sois?

Sélka.—De donde nos dá la real gana.

Vasco.—(Aparte.) Ya metiste la pata.

Sélka.—Así se portan las mujeres de mi tierra.

El Consejo.—Que se los lleven y les den una mano de jabón.

El Inquisidor.—Tratemos ahora de Vasco: quiere que le demos dinero para descubrir la India.

El Consejo.—Que le den morcilla.

ACTO SEGUNDO.

Mientras Vasco duerme en el calabozo, Sélka se pone á cantar. ¡Bonito modo de guardarle el sueño!

Sale Nelusko, como de costumbre, decidido á hacer una barbaridad con Vasco; este despierta y le manda á paseo.

Sélka y Vasco: gran escena y gran duo: la reina tan blanda como siempre, pero Vasco vá á su negocio y averigua por ella lo que ella no supo en su vida,—el camino de la India.

Sale doña Inés con la rubita á decir á Vasco:

—Me caso con otro, alma mia.

—¡Ah perra! iba á esclamar Vasco, cuando el marido le ataja diciendo:

—Cuidadito con la lengua, que esta niña corre de mi cuenta.

Como Vds. comprenderán, todo esto hace un efecto de mil demonios en la reina Sélka, que sigue tan derretida como al principio.

Por último, los esclavos son regalados por Vasco para servir á Inés.

Acaba el acto con una despedida tierna, en que la reina se separa de su amado, queriéndoselo comer con los ojos.

ACTO TERCERO.

La acción pasa en un buque. Inés triste, la reina tan derretida como siempre, y Nelusko pensando en una atrocidad.

Llega Vasco como llovido del cielo, y tras él los indios que se lanzan sobre los marineros como los guardias veteranos sobre el pueblo de Madrid.

Allí quisiera yo ver al inquisidor general...

Los indios reconocen á su reina, y cae el telón.

¡Ah! la reina sigue tan derretida como de costumbre.

ACTO CUARTO.

Llegamos á la India. Hace tanto calor, que las mujeres van casi desnudas. La reina sigue enamorada, y Nelusko medita otra barbaridad.

Entra Vasco y canta:

¡Oh qué país, qué país, qué país!

En esto sale el gran Brahama y los brahama chicos, y bramando de coraje se preparan á dar *mulé* á Vasco.

La reina.—¡Deteneos, salvajes!

Nelusko.—Lo voy á despachurrar.

La reina.—Ese hombre es mi esposo.

Vasco.—(Aparte.) Ya me pescó. Hagamos de tripas corazón. (Alto) ¡Es verdad, me gusta esa mujer, ea!

El gran Brahama.—Que la goces muchos años, niño.

Y se casan.

Nelusko sigue meditando otra barbaridad.

La reina tan derretida como de costumbre.

ACTO QUINTO.

A un lado el Palacio, al otro aparece Sélka derretida, pero *escamada*.

La reina.—He visto á Inés, á mi rival con la rubita de marras... ¿Vendrá por mi esposo...? ¿Si me la pegará?

Nelusko.—Tú mandas, reina.

La reina.—Darás libertad á Inés y á Vasco.

Nelusko.—¡Horror!

La reina.—Que se vayan juntos en el navío de Vasco.

Nelusko.—Mira que se quieren y que ella es casada.

La reina.—Su marido murió.

Nelusko.—Una vez que se salva la moral, vayan con Dios.

MUTACION.

Un *manzanillo*, árbol cuya sombra mata. El mar á lo lejos, como quien va al cuarto de las bailarinas.

La reina.—(Muy triste, pero derretida como de costumbre.) ¡Qué grande es el mar! ¡Vaya si es grande! Voy á pr pinarme la *manzanilla*. (Coje una flor, la huele, y vive redonda.)

Un espectador.—(Juro no beber manzanilla nunca, por lo que pueda tronar)

Sale Nelusko, y hace por fin la barbaridad que ha estado meditando toda la noche,—se mata.

Nelusko.—Reina, ¿qué haces?

La reina.—Ya lo vés, la entrego.

Nelusko.—Vive para tu pueblo que te adora.

La reina.—¡El pueblo! Bonito está mi pueblo con tapa-rabo. ¡Primero es mi amor! Y abur, que me las guillo.

¡Y muere la reina tan derretida como había vivido!

Luis Rivera.

CABOS SUELTOS.

Con motivo de tomar parte nuestro querido amigo y compañero Blasco en la redacción de *La Democracia*, nos preguntan algunos si continuará en el GIL BLAS.

¡Pues no he de continuar!

Blasco nació con GIL BLAS en la vida pública, y permanecerá en su puesto, por lo menos, hasta que se hunda *aquello*.

El general Santiago y Hoppe está muy satisfecho.

Es claro: Zapatero al fin y al cabo... solo mata en provincias, y al cabo y al fin Zaragoza no es plaza de primer orden.

¿Santiago y Zapatero podrían contratarse de primeros espadas?

No: porque las corridas se hacen de día y ellos son especialidades de noche.

Zapatero y Santiago;
dos generales,
dos hermanos en Cristo
y dos en sangre.

¡Por Barrabás!

¡vaya un par de hermanitos!...

¡vaya que par!

En una tienda de libros.—¿Tiene Vd. *Las Noches Lúgubres*?

—¿Cómo las he de tener si todavía no están escritas?

—¡Hombre! yo pregunto por las de Cadalso.

—¡Mujer! yo no sé de mas noches lúgubres que de las de San Daniel en Madrid y de San Cándido en Zaragoza; pero ni han salido á luz, ni habrá cadalso para sus autores.

¿Por qué es comun de dos la voz cólera?

—Porque lo uno es enfermedad, y lo otro es rapto de pasión.

—No señor; sino porque cólera es al mismo tiempo propia de Santiago y propia de Zapatero;—por eso es comun de dos.

¿Con que no nos da el gobierno alguna luz sobre los asesinatos de Zaragoza?

¿Qué luz ha de dar si se cometieron de noche?

Un periodista ministerial propone que para dar el gobierno una muestra de imparcialidad, mande procesar á la luna que dos veces ha presenciado impasible atropellos cometidos contra ciudadanos indefensos.

Los zaragozanos, sin olvidar á Cabañero, se proponen celebrar una función de duelo anónima, en que se sobreentenderá que piden á Dios les libre de Zapatero.

—¿Hombre, tú no fuiste diputado?

—Creo que sí. El ministro me dijo que en efecto lo era; mas como al día siguiente cayó y se disolvió el Congreso, no pude averiguar con exactitud si lo era ó no.

—¿Qué es lo que mas te gusta, niño?

—La disolución.

—¿Cómo! Eso es un pecado enorme.

—Pues mi papá dice, que fuera de la disolución, no hay remedio para el país.

—¡Ah, ya! Eres hijo de unionista.

Hemos encontrado un trozo de periódico, que dice:

«Los fondos españoles están en baja.

»Las tropas francesas se retirarán pronto de Roma.

»El general, presidente del Consejo de ministros, ha dado las mayores confianzas á los liberales...

»La monja irá en breve á su convento.

Problema: ¿De qué año puede ser este periódico?

—De todos.

Si D. Manuel de la Concha dejase de estar de acuerdo con algun ministerio, ¿qué sucedería?

Eso ni Dios lo sabe, porque Dios no sabe lo absurdo.

El presidente del Consejo.—No moriré de empucho de legalidad.

Un diario ministerial.—El gobierno no se separará un ápice de las doctrinas legales.

Un curioso.—Eh! que se contradicen Vds.

El diario.—Ahí verá Vd. cómo escribimos con independencia, sin recibir las inspiraciones del gobierno.

Rectifiquen los periódicos que dicen haberse sabido con asombro en toda España la conducta de Zapatero en Zaragoza.

En Galicia y en Cataluña nadie se ha asombrado. Han tenido de Capitan general al que hoy lo es de Aragon.

¡Zape!

El primero que usó esta interjección sin duda quiso esclamar ¡Zapatero! y no terminó de puro horrorizado.

El gobierno pontificio va á verse pronto abandonado á sus propias fuerzas.

Eso quiere decir que se hallará solo con su debilidad.

El Rey de Roma elige hombres enérgicos para que se conserve el orden en su estaditos.

¡Qué sacrificio tan heroico el del Sr. Capelástegui, que quedándose en España se priva de la gloria que podría adquirir!

En un café de París ha habido una notable reyerta sobre si los nombres de Zapatero y Capelástegui eran apellidos de verdad ó apodos.

Apostaron dos sujetos y ninguno ganó la apuesta, porque se encontraron con que los que habian sido apellidos eran ya apodos usados por todos los españoles.

El GIL BLAS último fué denunciado por unos sueltos sobre *La Dinastía*.

A varios redactores y directores de periódicos vicalvaristas les hemos oido estrañarse de esto.

¿Por qué?

¿No saben que su ministro el Sr. Posada Herrera ha establecido hipócritamente la previa censura con los periódicos, sin librarlos por esto de las consecuencias de un proceso?

Vamos á cuentas.

Nos han denunciado por *La Dinastía*, y *La Dinastía* no ha salido aun. Solo hemos visto el prospecto, en el cual, segun *El Pensamiento*, se injuria á la reina.

¿Y á quién denuncia el fiscal?

—A GIL BLAS.—¡Virgen María, pues si ha de ser imparcial, denuncie á *La Dinastía*!

Por todo lo no firmado,

EUSEBIO BLASCO.

EDITOR RESPONSABLE, J. ANTONIO GARCIA.

Imprenta del mismo, Almirante, 7, bajo.
MADRID.—1865.